

—Pues ¿quién eres?—La Esperanza.
 —¿Y estarás siempre conmigo?
 —Iré siempre donde vayas.
 —Pues vamos donde quisieres.
 —Sígueme, pues, que ya tardas.
 Siguióla contento Adolfo,
 Y á una señal de la maga
 De aquella anchurosa fuente
 Dividiéndose la taza,
 Tórnase en un canastillo
 Que se columpia y resbala
 De un claro y tranquilo rio
 Por sobre las hondas mansas:
 Y entrándose confiados
 En tan vacilante barca,
 Dejáronse ir sin recelo
 A los caprichos del agua.

II.

Audaces surcando las aguas serenas
 Al lánguido impulso del aire sutil,
 Tocaron opuestas las limpias arenas
 Que el rio aprisionan al otro confin.

Posaron la planta donde ancho camino
 El paso les abre de vasta region,
 Que pródigo y rico regala el destino
 Y espléndido viste de ocioso primor.

Allí en los linderos, vistosos jardines
 De cuyas florestas el fin no se vé
 Empiezan, y orlados de azahar y jazmines
 Alfombras de flores encuentran los piés.

La luz es continúa, de una alba rosada
 Que presta al ambiente purísimo azul,
 Y un zéfiro el aire cuya ala aromada
 Refresca la tibia ilusion de la luz.

Do quiera en las hojas del árbol florido
 Se siente escondido
 Al mirlo trinar;

Do quiera en la yerba menuda se siente
 La rápida fuente
 Saltando brotar.

Do quiera volando sutil mariposa
 Columpia una rosa,
 Sacude un clavel,

Las alas ufana mostrando á las flores
 De ricos colores
 Pintadas también.

Do quiera arrastrando su casa con pena
 Sobre una azucena
 Se ve al caracol,

Que tiende los ojos al sol generoso,
 Pidiéndole ansioso
 Coasuelo y calor.

Do quiera en las ramas colgada la oruga
 Sacude y arruga el sonoro cristal,

Que en claros espejos, ó en líquidos hilos
 En lagos tranquilos posándose va.

Do quiera en las ramas del álamo verde
 A lo alto se pierde en movible ilusion,
 Meciendo la bella oropéndola el nido
 Que anima tendido benéfico el sol.

Desplega pomposa á la luz con que brilla
 La pluma amarilla,
 Que ostenta fogaz,
 Abriendo esponjado y en círculo rico
 El triple abanico
 Que tiende al volar.

Aquí no se encuentran ni sauces llorones
 Ni en lúgubres sonos
 Agita el ciprés
 La fúnebre punta, cual hacha mortuoria
 Que alumbraba la historia
 Pasada de ayer.

La espléndida lumbre del sol no se apaga;
 Sin término vaga
 La brisa sutil;

La noche carece de sombra importuna,
 Ni deja la luna
 Jamas de lucir.

Del mar á lo lejos se siente el murmullo
 Cual lánguido arrullo
 Del aura no mas,
 Cual banda de plata que el puro horizonte
 Tendió sobre el monte,
 Tapiz de cristal.

Allá en sus amenas tendidas riberas
 A do pasajeras
 Se van á perder

Las ondas sonoras, en tiendas de armiños,
 Tan solo los niños
 Alegres se ven.

En lechos de rosas, jazmin y claveles,
 Bajo almos doseles
 De plumas de luz,

Reposan tranquilos sin noche ni dia
 Sin miedo á la impía
 Desdicha comun.

No acosa su mente recuerdo pasado,
 Que solo ha gustado
 La dicha y placer,

Porque es la ribera del mar de la vida
 La casta, florida,
 Tranquila niñez.

En ella comienza dichoso el camino
 Do puso el destino
 Tras linda feliz,

De nuestra ecsistencia tristísimo, aciago
 El árido y vago
 Desierto país.

III.

ADOLFO.

¿Qué sitio es este, señora,
 ¿Dónde estamos? que si no
 Mienten mis ojos, ya es esta
 Otra distinta region.

LA MAGA.

Estamos, al fin, Adolfo,
 En un país superior,
 En donde nada caduco,
 Nunca estéril vejetó.

ADOLFO.

Y esos alcázares de oro
 Que se ven en derredor,
 Esos pensiles colgados,
 Esos bosques ¿cuyos son?

MAGA.

De una emperatriz hermosa,
 Tan alegre como el sol,
 En cuyos vastos dominios
 No hay lágrimas ni dolor.
 Vive en ociosos festines
 De blanda música al són,
 En brazos de los placeres,
 De la gloria y del amor.

Tan poderosa y tan rica,
 Que á su audacia y su ambicion
 Ni los mares ponen coto
 Ni los peligros pavor.

Tan bella y tan cortesana,
 Pues como ella no hay dos,
 No hay fuerza á quien no atropelle,
 Ni grandeza la asombró.

Poco á sus delirios fueron
 Ambos mundos en redor:
 "Todo ó nada," dijo ansiosa
 Y sobre ambos se asentó.

Y celebrando insensata
 Su destino triunfador,
 Llamó al placer y la vida
 Y con ellas se partió.

Trajo así cuantas hermosas
 Le siguen á ambos en pos,
 Cuantos galanes y ociosos
 En ambos mundos halló.

Dióles galas y palacios,
 Campos de inmensa estension,
 Trovadores que les canten,
 Baños de esquisito olor:

Y al hacer de tanto lujo
 Desigual reparticion,
 Dijo:—"Gozad y pedidme,
 Que si hay dioses, yo soy dios."

ADOLFO.

¿Y quién es tan atrevido
 Espiritu protector,
 A quien nada se resiste
 Y á quien nada se igualó?

¡Oh! cuando dormidos al pié de la cuna
 Es todo fortuna,
 Deleites y paz;
 El dia es tranquilo, la noche serena,
 La selva es amena,
 Frondoso el herial.

Las lágrimas puras que entonces se vierten,
 Acaso divierten
 En vez de doler...

¡Vereda dichosa! ¡Portada florida
 Por do entra en la vida
 La dulce niñez!

Adolfo y la maga cruzaban por ella,
 Y el niño tan bella,
 Tan llana la halló,
 Que andaba embebido de un lado á otro lado
 Gustando la fruta,
 Doblando la flor.

Ya el vuelo tendia de pájaro errante,
 Ya el ala brillante de insecto sutil.
 Ya el curso sonoro de inquieto arroyuelo
 Que rueda del suelo en el verde tapiz.

Saltaba y reía sin pena ni enojos,
 Gozaban sus ojos
 La alegre vision,
 Sus ternos sentidos la suave frescura
 Y el son que murmura
 Del aura veloz.

Vagaba contento: ¿Qué importa por dónde?
 Su infancia le esconde
 La negra verdad.
 ¿A qué preguntarla?—Si es plácido el sueño
 ¿A qué con empeño
 Querer despertar?

La ruta siguiendo, los blancos jazmines,
 La luz, los jardines,
 Llegaban allí;

Ya el sol es ardiente, mas duro el camino,
 No hay ya peregrino
 Plantel ni jardin.

Al paso que avanza por otra vereda
 Detras de quien queda
 La alegre region,

Sentia en el pecho que audaz caminando
 Cobraba ganando
 Firmeza y vigor.

La maga amorosa seguía ligera
 Fantasma hechicera
 Vagando tras él;

Mas jóven y hermosa conforme adelanta,
 Dejando su planta
 Detrás la niñez.

MAGA.
La JUVENTUD.

ADOLFO.
¡Dama ilustre!
Envidiable en su favor.

MAGA.
¿La servirás?

ADOLFO.
La adorará.

MAGA.
¿Fuera su amigo?

ADOLFO.
El mejor.

MAGA.
Pues alguien hay quien pudiera
Concedértelo.

ADOLFO.
¿Quién?

MAGA.
Yo.

ADOLFO.
¿Quién eres, que tal poder
alcanzas?

MAGA.
Su hermana soy:
Que JUVENTUD y ESPERANZA
Nacidas á un tiempo són.

ADOLFO.
Pues lleguemos al palacio,
Porque ya siento, por Dios,
Por sus ilustres favores
Perdido mi corazón.

MAGA.
¿Esperas vencer?

ADOLFO.
Espero
Que he de conquistar su amor.

MAGA.
Bien haces en esperar,
Puesto que contigo voy.

Dió Adolfo el brazo á la maga,
Y ambos con paso veloz
Doblaron hácia el palacio
En coloquios de ambición.

Do quiera en su saero recinto se oía
La ronca alegría
Del loco festín;
Los besos y brindis que en torno se exhalan
Al alma regalán
Con música dulce, esperanza feliz.

Las bóvedas altas de perlas vestidas
Dó están suspendidas
Centellas de sol,
Duplican del día la luz trasparente
En ancho torrente,
Vertiendo en las salas cambiante color.

Los ricos tapices que ocultan los muros
Remedan los puros
Espejos del mar.
Sutiles dejando á través de sus hilos
Mirar los tranquilos
Reflejos del muro del limpio cristal.

Dó quiera la rosa, el clavel, los jacintos,
En lazos distintos,
En cifras de amor,
Anuncian orlando las blandas alfombras,
Las mágicas sombras
Que al hombre adulando, le siguen en pos.

Amor, dice en esta, en aquella *Fortuna*,
Valor dice en una
Y en otra *Amistad*;
Placer dice aquella, y es otra *Riqueza*,
Mas lejos *Belleza*,
Ventura en aquesta, *Virtud* mas allá.

Do quiera repiten los anchos salones
Ardientes canciones
De gloria y de amor;
Y allí en los clarines, allí en las botellas,
Con cláusulas bellas
Acaso acompañan el báquico són.

Allá en los secretos de oculto retrete,
Del ancho pebete
Al humo fugaz,
De lindas mujeres que están voluptuosas,
Sonando amorosas
Las notas se escuchan de amante cantar.

Los lábios hierven en besos,
Quemándose está de sed;
Venid á templar su hoguera
No hay mas recompensa ni Dios que el placer.

¿Y á qué Dios mas poderoso
Acudireis que el Amor?
Apura, pues, sus deleites,
Que fuera de ellos no hay Dios.

¿Cómo resistir la herida
De su ballesta sutil?
Venid á beber deleites
Hasta embriagaros, venid.

Los lábios hierven en besos,
Quemándose están de sed;
Venid á templar su hoguera,
No hay mas recompensa ni Dios que el placer.

Al són de las lanzas y trompas de guerra
Que asordan la tierra,
En estenso salón,
Se sienten los himnos ardientes de gloria,
De noble victoria
Que entona el soldado con áspera voz.

Bajad al campo sangriento,
Solo la gloria está allí,
Y sin gloria y sin laureles,
¿Quién es el imbécil que acierta á vivir?

A amar y á lidiar nacimos
Y sin triunfos ¿cómo amar?
¿Qué llevar sino en ofrenda
A los pies de una beldad?

Si amor corona la frente,
Nuestras batallas también;
Sus coronas son de rosas,
Y las nuestras de laurel.

Bajad al campo sangriento,
Solo la gloria está allí,
Y sin gloria y sin laureles,
¿Quién es el imbécil que acierta á vivir?

Mas lejos en otra morada hechicera
Dó el sol reverbera
Con lumbre tenaz,
Dó llenan las perlas los largos espacios,
Los ricos topacios,
El jaspé y el oro, la seda y cristal;

Se siente el tumulto de báquica orgía,
Que en cántiga impía,
Discorde clamor,
La mesa en desórden, manchadas las ropas
Al són de las copas
Ramerás levantan, sin alma y sin Dios.!

Venid; la gloria es un sueño,
Amor sin fiestas ¿qué es?
Mirado á través de un vaso,
El mundo desierto parece un Eden.

Vamos la tierra con vino
Embriagados á amasar,
Vamos al templo de Baco
En lábrica bacanal.

No hay mas altar que la mesa,
No hay mas Dios que la embriaguez;
El vino confunde el tiempo,
El morir con el nacer.

Cuando caemos beodos,
Mendigo ó rey ¿qué mas dá?
Todos bebemos sedientos
Arroyos de libertad.

¿Qué dulces son nuestros pechos
Empapados de licor!

¿Qué sabrosos nuestros labios,
Y qué inmenso el corazón!

Venid; la gloria es un sueño,
Amor sin fiestas ¿qué es?
Mirado á través de un vaso,
El mundo desierto parece un Eden.

Allá en otra estancia dó en torno murmura
Lejana insegura
La voz popular,
Cantor instigado del Dios que le inspira,
De cóncava lira
La suya levanta al acorde compás.

Amor y gloria sin fama
Son un espejo sin luz,
Solo los cantos no mueren
Hallando en el ceno sepulcro comun.

Venid á beber sedientos
Los raudales del saber,
En sus márgenes se cogen
Las coronas de laurel.

El pueblo escuchó al poeta,
Venid, venid, al cantor:
¿Qué es el amor, ni la gloria
Sin la ciencia y la razón?

¿De qué os vale de placeres
Ese miserable afán?
Sino los canta mi lira,
¿Quién os lo ha de envidiar?

Amor y gloria sin fama
Son un espejo sin luz,
Solos los cantos no mueren,
Hallando en el ceno sepulcro comun.

Adolfo indeciso consigo luchaba,
Sin tino vagaba
Detrás el placer;
Do quiera anhelante y ansioso corria
Cruzando la orgía,
La gloria gustando, el amor, la embriaguez,

Y en voz afanosa "¿Dó estás, dí, murmura,
"Altíva hermosura,
"¿Falaz juventud?
"Do quiera te veo, siguiéndote avanzo,
"Mas nunca te alcanzo. . . .
"Yo siempre en tu busea, y huyéndome tú!

"Oh! dime, Esperanza, mi fiel compañera,
"¿Dó está esa altanera
"Cobarde mujer!"
La maga le sigue, mas no le responde:
"¿Por qué se me esconde?
¿Lo sabes?"—La maga repuso: "No sé."

"¿No sabes? mentira. ¿Me engañas, traidora,
"Me mientes ahora
"Que la amo por fin?"

"Oh! ciego por ella tras ella camino...
"Fantasma divino,
"Te adoro insensato, despues que te ví!"

IV.

Cansado de su rápida carrera
Siguiendo la fantástica vision,
De un verde montecillo en la ladera
Adolfo sollozando se sentó.

Iba el camino por estrecha calle
Una suave colina á trasponer,
Partiendo por mitad un triste valle
Do la estéril colina sienta el pié.

A su lado la maga todavía
Blanca, risueña y cariñosa está,
Cual viva estrella que al piloto guía
Y anima en los peligros de la mar.

Flotaba su sencilla vestidura
Del aura de la tarde á la merced,
Y derramaba su mirada pura
Por la campiña que delante ve.

Al lejos entre pálida neblina
Alcánzase tal vez á distinguir
Torres y muros en informe ruina,
Y escombros que salpican el país.

Hay do quiera ciudades desoladas,
Cuyo hendido esqueleto humea aún,
Marchando con espesas bocanadas
La claridad del firmamento azul.

No hay fuentes, ni palacios, ni vergeles,
Ni cantan en amena soledad
Saltando entre jacintos y claveles
Aves que gozan con alegre afán.

Hay algunas estériles palmeras
Nacidas al azar aquí y allí,
Y águilas surcan libres y altaneras
El hueco de la atmósfera sutil.

Aun se sienten, perdidos á lo lejos,
Los himnos de la alegre juventud,
Cuyo alcázar se ofusca en los reflejos
De una impotente y moribunda luz.

Todo es verdad allí, todo se ostenta
Sin ilusorio engañador cristal:
Por todas partes sin temor se asienta
La rebelde y desnuda realidad.

"Las fuerzas, dijo Adolfo, me abandonan,
Llena de sombras mi memoria está;
Dame el brazo, Esperanza: en mis oídos
Esos cantares tentadores van."

Y era así que á pedazos por el viento
Llegaban en sonora confusion,

Ya el mentiroso ó el blasfemo acento
Del placer, de la gloria, ó del amor.

—*Los labios hierven en besos,
Quemándose están de sed;
Venid á templar su hoguera,
No hay mas recompensa ni Dios que el placer.*

—*Bajad al campo sangriento,
Solo la gloria está allí,
Y sin la gloria y sin laureles,
¿Quién es el imbécil que acierta á vivir?*

—*Venid; la gloria es un sueño,
Amor sin fiestas, ¿qué es?
Mirado á través de un vaso,
El mundo desierto parece un Eden.*

—*Amor y gloria sin fama
Son un espejo sin luz,
Solo los cantos no mueren,
Hallando en el cieno sepulcro comun.*

"Oh cuán felices son en sus placeres,
"Ellos cantando, y sin aliento yo!
"Fiestas allí, cristal, oro y mujeres,
"Y aquí conmigo soledad y error."

V.

ADOLFO.

¿Dónde estamos, Esperanza?

MAGA.

Selva es aquesta que ves
De razon y de recuerdos.

ADOLFO.

¿Tiene nombre?

MAGA.

La vejez.

ADOLFO.

¿Y aquellas alegres damas,
Y aquel palacio, y aquel
Festín espléndido y cánticos
De ventura y de placer?

MAGA.

Allá quedan.

ADOLFO.

¿Y la hermosa
De que un instante gocé
Y tras quien corro insensato?

MAGA.

Allá se queda tambien.

ADOLFO.

¿Con que por fin la he perdido?
¿Con que en verdad la soñé?

MAGA.

El perseguirla es perderla,
Que es verdad, é ilusion es.

Por donde yo tendia
Mi brazo ligero ayer!

MAGA.

Lo que pasó no recuerdes,
Mirando adelante vé.

ADOLFO.

Solo de recuerdos vivo.

MAGA.

Olvida.

ADOLFO.

No puede ser.

Así con cansado paso
Va caminando tal vez
El hombre, con su esperanza,
Eterno sol de su fé.—
Y así, la maga y Adolfo,
Ya el día al oscurecer,
Caminan hácia el desierto
De la arrugada Vejez.

Tristes y á espacio caminan,
Al crepúsculo del sol,
Por medio de un campo estéril,
Sin ave, fuente, ni flor.
Las eumbres están nevadas,
Y en espantoso turbion
Se oyen bramar los torrentes
Con honda y cóncava voz.

Silba el cierzo entre las peñas
Que ostentan en derredor
Entre la nieve á pedazos
En lastimosa ilusion.
Allí una choza arruinada,
Allá un templo que se hundió,
Mas allá un puente abrasado
O un hendido murallon.
Rastro del peso del tiempo
Que fué pasando veloz,
Descabezando en sus crestas
Cuantas puntas encontró.

Aspera y postrer jornada,
Dura peregrinacion,
Por donde nada se encuentra
Amigo ó consolador.

Apenas en los escombros
De arruinada poblacion
Algunos pobres ancianos
Dan á la vida un Adios.

Apenas entre los brezos
Se topa un viejo pastor,
Que apacienta unos ganados
Que solo esqueletos son.

Mas nadie sabe la historia
De lo que allí vegetó;
Todos lloran los recuerdos
De su propio corazon.

Todos miran al risueño
Alcázar encantador,

ADOLFO.

¿Mis amigos?

MAGA.

Allá quedan.

ADOLFO.

¿De mis soldados qué fué?

MAGA.

Allá quedan.

ADOLFO.

¿Y mi gloria,
Mis timbres?

MAGA.

Allá tambien.

ADOLFO.

¿Con que todos me dejaron?
¿Qué resta, en la vida pues?

MAGA.

Tu Esperanza está contigo,
Siempre acudiéndote fiel.

ADOLFO.

Tú sola no me abandonas.

MAGA.

A tu lado siempre iré
Alumbrándote el camino
Que tomáste al nacer.
Reposa y vamos.

ADOLFO.

Me canso.

MAGA.

Yo la mano te daré.

ADOLFO.

Dame un manto, tengo frio;
Agua dame, tengo sed.

MAGA.

Vamos á buscar la fuente.

ADOLFO.

¿Está muy lejos?

MAGA.

Tal vez.

ADOLFO.

¿No tiene fin el camino?

MAGA.

Sí.

ADOLFO.

Pues vamos.

MAGA.

Tras mí ven.

ADOLFO.

¿Oh cuán distinto, Esperanza,
Este camino es de aquel

Que al pasar por sus dominios
La juventud les mostró.
¿Qué decían? sus ilusiones.
¿Qué lamentan? su valor.
Nada de cuanto gozaron
Al desierto les siguió.

Alguna vez aun deliran
Con la halagüeña vision
De aquel palacio encantado
Que falaz les hospedó;

Pero al pensar en los cantos
Que el deleite seductor
Les murmuró en los oídos
En soñada prediccion,

Doblan al suelo la frente
Con incrédulo dolor
Diciendo al ir su camino:
¡Mentira! todo pasó.

Así por entre la nieve
Cruzando el desierto van
Adolfo y la maga en lento
Paso, por quebrado herial.
Cada vez mas se avencinan
A las riberas de un mar,
Que al confin de aquella tierra
Tendido en silencio está.

Es el agua turbia, inmoble,
Cuyo fin se pierde allá
En un caos de profunda
Insondable oscuridad.

Ni el viento al pasar la arruga,
Ni en espumas de cristal,
En las húmedas arenas
Se viene á desmenuzar.

Ni escupe conchas de nácar,
Ni en su estensa soledad
Saltan avaros los peces
El ambiente á respirar.

No se alcanza de la playa,
Por el perdido arenal,
Mas que una choza mezquina
De estrecha concavidad,

Cuya puerta desquiciada,
Ya mohosa y desigual,
Como párpado sin ojo
Mirando hácia el agua está.

Llegando allí, dijo Adolfo:
"No puedo, Esperanza, mas;
Entremos en esa choza
Un momento á descansar."

Entraron en la cabaña,
Y á la débil claridad
Con que alumbraba todavía
Un crepúsculo fugaz

Hallaron un ancho espejo,
En cuyo limpio cristal
Adolfo vió con espanto
Una sombra reflejar.

"¿De quién es aquella imagen?"
Preguntó, en duda tenaz

Con su memoria luchando
Recelando la verdad.

—Esa imagen es la tuya.
—Pues, ¿cómo mi frente ya
Calva y arrugada miro
Y tan gastada mi faz?

¿No era ayer niño y hermoso
Contigo, Esperanza, al dar,
Cuando á despertar veniste
Mi infantil curiosidad?

—Entonces naciste al mundo,
Y el canastillo en que audaz
Conmigo bogastes, era
Tu cuna, Adolfo, no mas.

Las brisas de mis promesas
Llevaron á desear,
Y entraste por el camino
De la loca vanidad.

Así el valle de la vida
Has venido á atravesar
Entre pensiles de flores
Y palacios de cristal.

—¡Ay! clamó Adolfo llorando,
Que no los puedo olvidar,
Ni á aquella reina orgullosa
A quien ya no veré mas.

—Así se pasa la vida
En gemir y en esperar
Lo que buscamos en ella,
O lo que perdimos ya.

Esta choza es una puerta
De la oscura eternidad,
Ese espejo es la razon,
Y la nada es ese mar.

Todo aquí se desvanece;
Nada hay delante y detrás.
Allá se queda la vida,
Y los deleites allá.

Este es el punto por donde
Se descubre la verdad,
Y aquí solo la Esperanza
Aún con nosotros está.

VI.

PLEGARIA.

¡Blanca ilusion! ¡benéfica esperanza!
Triste y última luz del corazón,
A cuyo tibio resplandor se alcanza
Un mas allá en el hondo panteon;

Tú sola nos alivias el camino
En que entramos al tiempo de nacer;
Nuestro amargo destino es tu destino,
Siempre amiga te hallamos por do quier.

Delante de ese espejo misterioso,
De nuestra nada ante el estenso mar,
Aún vienes con semblante cariñoso
Nuestra seca razon á consolar.

¡Oh! tú nos doras la niñez tranquila,
Enciendes nuestra ardiente juventud,
La vejez nos sostienes que vacila,
Y aun ardes en el cóncavo ataud.

Sol en la vida, lámpara en la muerte,
Siempre nos vienes asistiendo en pos;
Y amiga fiel, nos dejas al perderte
Al pié del trono del inmenso Dios.

¡Sol de mi vida! sin cesar, conmigo
Mis lentas horas alumbrando ven,
No apagues, no, tu resplandor amigo,
Mientras mis ojos en vigilia estén.

¡Lámpara de mi nicho solitario!
Baja conmigo al negro panteon,
Y séanme los pliegues del sudario
De sueño eterno santo pabellon.

SÉTIMA PARTE.

DEDICATORIA

A MI AMIGO

D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Mi querido Juan Eugenio,
Mi octavo tomo publico,
Y al cabo te le dedico
En holocausto á tu ingenio.
Ve si contigo me porto,
Un cuento te he prometido,
Y un tomo te doy cumplido;
No me acusarás de corto.

Otros buscan con su obra
Destinos ó proteccion;
Yo no grabo á la nacion,
Conmigo mismo me sobra.

Mientras siga el editor
Versos y libros pidiendo,
Iré libros escribiendo,
Que lo tengo por mejor

Que pedir al poderoso,
Mendigar del ignorante,
Y rogar al arrogante,
Que soy yo muy orgulloso.

Buscar un crítico enfático
Que alabe mi obra no quiero,
Que tan bien como el primero
Puedo ser yo catedrático.

Y á mas, para entre los dos,
Los criticones de ogaño
No nos harán mucho daño,
Sabén poco, ¡vive Dios!

No se echan muchas vigiliass
Hoy en críticos estudios,
Tras poquísimos preludios
Hoy de crítico te filias.

Con ir un mes á Paris
Y almorzar con Victor Hugo,

Vuelves y pones el yugo
Literario á tu país.

"¡Las letras están fatales!"
Vienen diciendo de allá.

"Las artes... ¡lastima da!
¡No están en el Congo tales!

¡Pues los teatros! ¡da grima!
Ni de talento hay destellos...!"

Y escriben comedias ellos
Como maestros de esgrima.

Tajo aquí, cercen allá,
Ora á la regla, ora al gusto,
Cada escena nos da un susto,
Si calambre no nos da.

Y viendo al fin que no atinan
Por medio ninguno humano,
Cortar el nudo gordiano
Ex cathedra determinan.

Con nuevas nomenclaturas
Sus disparates bautizan...
Y tanto la luz atizan,
Que nos dejarán á oscuras.

Quien de la escuela moderna
Genio innovador se llama,
Barba, galan, paje y dama,
Despacha á la vida eterna.

Quien se dice de la antigua,
En cánticos pobrecitos
De la otra cambia los gritos,
Y que da sueño averigua.

Yo que tal veo, me digo:
¡Tanto valen á fé mia!
Con que firme en mi manía
De andar con entrambos sigo.

En lo que no hago por Dios
Mas que con maña oportuna,
Tentar á la par fortuna
Por cualquiera de las dos.

A veces de sangre un rio
Vierto, en situacion acerba,